

“Emprendedor y competitivo: ¿ideal o utopía?”

Alberto Ribera, profesor del IESE

Perfil. Parte de la conferencia pronunciada en la Graduación de la X Promoción del Máster en Dirección de Empresas para ejecutivos, en la Universidad de Piura (Perú, 25 de agosto de 2007).

Me ha parecido que este tema –la felicidad– podría servir para esta sesión, la última clase de las cuatrocientas ochenta del programa. Escribir sobre felicidad se ha puesto de moda, no sólo entre autores de manuales de autoayuda, sino también entre profesores con rigurosas credenciales académicas.

Por ejemplo, ha tenido una amplia difusión el libro titulado “Happiness”, del profesor de la London School of Economics, Richard Layard. Este famoso economista trata de responder a la pregunta por qué el aumento de la riqueza, que se ha dado en las naciones más desarrolladas en las últimas décadas, no va acompañado de un incremento en la percepción subjetiva de la felicidad. Tras varios años de encuestas y complicados análisis estadísticos, llega a la conclusión de que, más que la riqueza en términos absolutos, existe otra variable que lleva a sentirse feliz: se trata de la comparación social, tener más que el vecino o colega, ser más rico que los demás y que esto se vea. Es decir, ocupar el primer lugar en la clasificación. Pero, puesto que ganar no es siempre posible, resulta que la comparación social –el énfasis en competir y vencer– no aumenta la felicidad, sino que puede disminuirla.

A la vez, oímos con frecuencia que tenemos que ser más competitivos, asegurar el triunfo en la carrera por la conquista del mercado: llegar el primero, ser el primero. Me inquietó, hace dos o tres meses, el título de una conferencia para ejecutivos que impartía un autor de fama mundial: “Maximizar la Competitividad”. Tengo dudas de que maximizando la competitividad se obtengan unas excelentes cuentas de resultados que puedan mantenerse en el tiempo. Pero estoy seguro de que ser competitivo al máximo no es el mejor consejo para llevar una vida feliz.
(...)

Se puede ser mejor –compitiendo con uno mismo–, pero no se puede ser máximo ni óptimo, y mucho menos en todo. Ni falta que hace: lo mejor es enemigo de lo bueno; y lo suficiente o lo que basta es muchas veces lo bueno y satisfactorio. Por esto, no es de extrañar que los profesores de management –por ejemplo, Carlos Llano o Jim Collins– estén proclamando el valor de la humildad para los ejecutivos, una virtud que –como bien saben– comienza en el nivel de los deseos y aspiraciones. Cuando uno cree que puede más o que merece más, pero sin fundamento, sino llevado por una imaginación narcisista o egocéntrica, acaba pronto sintiéndose frustrado. Algo falla, pues, en un sistema que estimula la competitividad pero genera insatisfacción.

En sentido corriente, al hablar de competitividad, nos referimos al deseo de ser el que más y mejor compite, es decir, el que posee las habilidades para ganar en la competición, o triunfar sobre los competidores (frecuentemente denominados “la competencia”). Llegados a este punto, vale la pena reflexionar sobre qué es competencia: ¿es la cualidad del que compite o la de quien es competente?

Me parece que la cuestión es relevante. La confusión entre los dos posibles significados del término puede estar, a mi juicio, en el origen del problema. En un sentido, competencia significa rivalidad o contienda; en otro sentido, significa pericia o idoneidad. Al hablar de problema, me refiero a lo que el doctor Luis Rojas Marcos, director de los servicios de salud mental de la ciudad de Nueva York, describió en frase sintética: “Vivimos mejor, pero nos sentimos peor”. Si esto es así, ¿qué tiene que ver la felicidad con la competitividad y con la competencia?

Como hemos comentado, parece que la idea de éxito predominante en nuestros días conlleva la noción de competencia entendida como competición, para la que se requiere ser competitivo y ganar. Sin embargo, la acepción de competencia como idoneidad supone preparación para el ejercicio de una determinada tarea. Además, incluye el requisito de incumbencia, es decir, estar llamado o autorizado a practicar esa específica actividad que a uno le incumbe.

Por desgracia, muchos males derivan de la incompetencia, entendida en este sentido de acción realizada por alguien a quien no compete esa actividad. Por tanto, parece más que legítimo preguntarse quién es competente para enseñar sobre la felicidad: ¿quién está preparado para hablar o escribir autorizadamente sobre la felicidad?

Como en tantas cuestiones complejas y de difícil respuesta, habrá que proceder por eliminación. O sea, si uno no se atreve a indicar quién es competente en materia, puede al menos tratar de declarar quién no lo es. Y en este punto, confieso mi prejuicio: me resisto a aceptar una presentación de la felicidad expresada en cifras, ya sean euros o dólares o soles peruanos. No me refiero solamente a indicadores económicos, sino también a otros datos cuantitativos: por ejemplo, los que expertos en salud pública dan sobre el incremento de los casos de depresión y otras patologías de la afectividad, o las cifras de suicidio, o el aumento del consumo de drogas, alcohol y otros sucedáneos de felicidad.

El tratamiento estadístico de la felicidad no resulta convincente. Nada más absurdo, por intrínsecamente contradictorio, que una visión individualista de la felicidad: nadie puede ser feliz aislado de los demás, encerrado en sí mismo, sin dar y recibir, sin amar y ser amado. Sin embargo, no creo que exista una felicidad colectiva, ni que, en rigor, pueda hablarse de sociedades felices o de grupos desgraciados.

Como hemos visto, los sociólogos y los economistas han irrumpido en ese campo con fuerza y, a veces, también con pretensiones de dominio. Valdría la pena recordar la propuesta de Hayek, en la ocasión solemne de su discurso de recepción del Premio Nobel de Economía: “Me siento inclinado a sugerir que nos sea exigido, a los galardonados con este premio, una promesa de honestidad, una especie de juramento hipocrático por el que nos comprometamos a no sobrepasar nunca en nuestros pronunciamientos públicos los límites de la propia competencia”. En otras palabras, Hayek invitaba a no hablar de lo que uno no sabe y en lo que no se es competente. (...). Tampoco faltan políticos que pretenden ser depositarios del secreto de la felicidad. Prometen que repartirán felicidad a manos llenas, si alcanzan y mantienen el poder. Sobran comentarios sobre su competencia o incompetencia. También muy relacionados con el poder, hay que mencionar a los periodistas y medios de comunicación en general. Son los nuevos oráculos y profetas, que desde las pantallas de cine y televisión o desde agencias digitales de noticias nos proponen –más o menos deliberadamente– sus modelos de felicidad.

Tradicionalmente, la felicidad ha sido un tema que los filósofos han considerado competencia propia. Algunos han ido más lejos, con pretensiones de monopolio exclusivo. Sirva de ejemplo lo que el profesor de filosofía en La Sorbona, Luc Ferry, que fue ministro de educación y cultura en Francia, declaraba recientemente a un periódico: “La filosofía sirve para llevar una vida feliz. Para ello, hay que superar los miedos que nos atenazan, especialmente el miedo a la muerte. La filosofía nos sirve para aprender a vivir sin la protección de la religión”. El profesor francés desprecia la protección de la religión, igual que Marx, al describirla como narcótico ante la infelicidad. Pero esto no refleja el mensaje de felicidad del cristianismo, que presenta la realidad del sacrificio –y del dolor, fracaso, frustración, etc.– como algo inevitable en la vida terrena, pero a la vez como fuente de maduración y de felicidad. Por eso, el primer Gran Canciller de esta universidad, san Josemaría Escrivá, se atrevió a escribir que “la felicidad en el Cielo es para los que saben ser felices en la tierra”.

De la felicidad tratan también los psicólogos y psiquiatras y, con ellos, farmacólogos, bioquímicos, biólogos y demás profesionales de la salud y, por extensión, todo ese campo que se engloba en la denominación “wellness” y que constituye uno de los sectores en mayor crecimiento de cifra de negocio. A mi modo de ver, el problema surge cuando se confunde felicidad y bienestar, felicidad y salud física o psíquica, felicidad y placer, tomando la parte por el todo. Además, tampoco

faltan quienes reducen la felicidad a niveles de neurotransmisores y funcionamiento del sistema límbico o de otras estructuras cerebrales, todo ello determinado en el patrimonio genético.

En esta época de fusiones y de alianzas estratégicas, existen también los que combinan psicología y filosofía y espiritualidad. Con gran éxito de ventas entre los ejecutivos, autores como el argentino Jorge Bucay o el brasileño Paolo Coelho nos brindan recetas para la autorrealización y para “sentirse bien con uno mismo”. Escuchen, por ejemplo, este párrafo del libro más difundido de Bucay: “La verdad es relativa, subjetiva, cambiante y parcial. [...] Imagina un mundo en libertad, con la libertad de mentir o no mentir, de decir la verdad u ocultarla..., un mundo donde nada tenga que ser prohibido ni inconveniente ni obligatorio... En un mundo así no se juzgaría y quizá sucedería que todos a la vez dejaríamos de mentir y el universo se transformaría por fin en un espacio confiable y relajado”. Suena bien, ¿no les parece? Pero dudo que ustedes puedan estar de acuerdo con la frase que sigue, y que es consecuencia lógica –lógica, desde su relativismo– con lo anterior: “No avalo la postura de clasificar el mentir como malo. Ésta es una decisión de cada uno en cada momento y en cada relación”.

La misma visión relativista –aunque la denominan “holística”– de la corriente New Age se encuentra también en seminarios para ejecutivos, que ofrecen una combinación de psicología, yoga u otros ejercicios orientales, medicina, deporte, filosofía, etc. Estos cursos, bajo la valiosa dirección de gurús como Deepak Chopra, ayudarán a descubrir el secreto que cada uno lleva escondido dentro de sí mismo, para una vida feliz. He dicho *valiosa*, porque el coste no baja de cinco dígitos, en dólares.

No es posible omitir una referencia a los astrólogos y estudiosos de disciplinas esotéricas, dispensadores de augurios de fortuna y presagios de felicidad. Tal vez sea difícil encontrar otras etapas históricas en las que hayan gozado de mayor predicamento que el que tienen en nuestros días. Los horóscopos, tarot, peregrinaciones a lugares exóticos, etc., representan un botón de muestra de la situación.

Merecen más confianza, desde mi punto de vista, los profesionales de la suerte. Porque la felicidad tiene mucho de regalo. No es sólo resultado del propio esfuerzo, sino que tiene algo que supera a las propias facultades. El que vive pendiente del retorno que merecen sus inversiones –en dinero, tiempo, esfuerzo, incluso cariño–, ése nunca podrá ser feliz. Por eso, si se busca directamente, la felicidad no se encuentra. Ya lo escribió John Stuart Mill, desde su visión utilitarista: “Nunca he dudado que la finalidad de la vida es ser feliz. Pero ahora pienso que ese objetivo sólo puede lograrse si no se busca directamente. Sólo son felices las personas que ocupan su mente en algo distinto de su felicidad, las que piensan en la felicidad de otros o en mejorar la humanidad o en ciertas artes o empleos que no se conciben como medios para la felicidad. Apuntando a objetivos distintos, encuentran la felicidad en el camino.”

Antes de terminar este repaso sobre quiénes son los expertos en felicidad, hay que mencionar a los profesionales del ocio y el entretenimiento. La celebración y la fiesta son elementos necesarios de la felicidad, como bien ha explicado el filósofo Leonardo Polo, ilustre profesor visitante de esta universidad. Sin risa no se puede ser dichoso, sobre todo, sin un hábito enraizado de reírse de uno mismo y de no tomar demasiado en serio los propios éxitos y fracasos. Estamos acabando este discurso y probablemente se espera del conferenciante algún consejo. Creo poder resumir lo dicho hasta ahora en estas dos ideas: primera, desconfíen de las recetas fáciles de felicidad; segunda, desarrollen su sentido del humor, no para reírse de los demás sino para reírse de sí mismos.

Quedan, en fin, los poetas, desde los místicos más elevados a los trovadores populares, también los del siglo XXI, como el autor de la copla andaluza: “cada ‘agradesimiento’ es una ganancia de vida, cada ‘quejío’ es una pérdida de vida”. ¿Hay mejor receta de felicidad? Pues ésta es mi tercera y última recomendación a ustedes, graduandos de la Maestría en Dirección de Empresas para Ejecutivos: sean agradecidos, y serán más felices. Ser agradecido consiste también en reconocer los méritos y felicitar a los demás. Feliciten más y mejor, y serán más felices. (...)